

Ideas españolas sobre la ciencia de la historia en el siglo XVIII

Por JOSE M.^a SANCHEZ DIANA

La revisión de los viejos valores de España cuenta actualmente con un grupo de historiadores que intentan dar un alcance y profundidad nueva a los pensadores del pasado. No sólo se ha puesto de relieve la grandeza de las miras políticas del Imperio de los Habsburgo, sino que en el propio campo de la erudición, la vitalización de perspectivas filosóficas nos han proporcionado la alegría de reencontrarnos con fórmulas constantes de nuestro vivir peninsular. Sin embargo, y aun concediendo gran mérito a la labor de tanto trabajo crítico, hay un aspecto de nuestro pasado apenas puesto de relieve.

Nadie se ha fijado hasta ahora en el siglo XVIII, centuria que ve nacer la expresión "Filosofía de la Historia" por obra y gracia de Voltaire. Meinecke hace arrancar el Historicismo de ese mismo siglo y hay un viraje tan grande en el pensamiento que hemos decidido concederle algunas páginas poniendo de manifiesto la aportación española (1). No tratamos de dar una lista de los historiadores ni de sus obras, tarea cumplida ya admirablemente por Sánchez Alonso, sino fijarnos en ciertos aspectos conceptuales que nos permiten ver cuál era el espíritu historiográfico del siglo XVIII. Para ello, hablaremos no sólo de historiadores como Masdeu y Flórez, sino que iremos al campo de la política o de la economía cuando creamos distinguir en él nuevas perspectivas que sirvan para redondear la figura del siglo.

Caracteres generales.

La variedad y riqueza del material histórico de la época nos obliga a trazar unas consideraciones generales que a modo de estructura o esqueleto sirvan para modelar los núcleos principales de la Filosofía de la Historia en el siglo XVIII. Lo primero que nos llama la atención es el sentimiento de la cultura, que los Borbones supieron infiltrar en la nación. La historiografía española surge ante todo, no como obra individual, sino como producto y consecuencia parcial de un estado intelectual, abierto a partir de la Guerra de Sucesión que sacudió la sensibilidad peninsular, anquilosada desde el reinado de Felipe IV. Los españoles presentan que los movimientos políticos guardaban relación con el desarrollo o retroceso de la civilización. La vida interior de los pueblos ofrece unas leyes orgánicas cuyo encadenamiento se analiza, aprovechando el material inédito de los archivos que la diligencia erudita sacó a la luz.

La tarea de descubrir trabajos olvidados contribuyó a robustecer el sentimiento y el orgullo

nacional. Anticuarios en el sentido nietzscheano, buscaron en el pasado hacer agradable la nación y la patria, estimulando la fidelidad y el sentimiento del bienestar. El pasado fué fijado con precisión matemática para conservarlo limpio de impurezas. Entusiastas de la creciente importancia de la nación, una rígida pedantería inunda las mejores páginas en donde el abuso de retoricismo produce una sensación de frialdad que no borra ciertas llamaradas personales y rebeldes.

Se abandona el ángulo militar y los problemas nuevos de la Ilustración o la Economía reemplazan los capítulos heroicos y belicistas. El racionalismo llega a extremos hipercríticos, pero sin conseguir en ninguno de los temas estudiados una gran especialización, aunque sí empieza la diferenciación. La ciencia penetra hasta en los métodos literarios y al carácter imitativo de las obras se une el tono polémico. Sánchez Alonso anota como característica la inclinación por las monografías y un "saludable temor a parecer crédulos". Unase a esto la eliminación de leyendas, depuración de textos y difusión de publicaciones menores (2).

Hay que añadir a estas notas generales la confección por primera vez de grandes catálogos metódicos, como los de Flórez, Risco y Merino; los trabajos regionales, la lucha contra las fábulas históricas y la defensa de España contestando a los hispanóforos de allende los Pirineos. Empezó a hacerse por primera vez crítica histórica organizándose científicamente los archivos y proyectando vastas obras, como una Historia eclesiástica, para lo cual designó Fernando VI comisiones provinciales en busca de documentos. La Academia de la Historia agrupó a los enamorados de la misma para reconstruir el pasado diplomáticamente. Sumemos a esto los estudios jurídicos y económicos, que son casi siempre largos discursos de síntesis históricas que ponían a prueba la paciencia y la erudición de sus lectores. "L'histoire —escribe Desdevissis du Dezert— eut cette singulière fortune d'avoir occupé une foule d'hommes distingués et d'avoir réalisé d'énormes progrès sans que l'on puisse citer dans tout le siècle un seul véritable historien" (3).

La crítica exige, para que lo sea verdaderamente, una plena libertad de pensamiento, que faltó

(2) B. SÁNCHEZ ALONSO: *Historia de la Historiografía Española*, III, 75.

(3) *L'Espagne de l'Ancien Régime*, III, Introducción, página XXIII. Véase además las pp. 215-239. Un observador extranjero, Clarke, reconocía la escasez de historiadores auténticos y el aislamiento de los eruditos. "Sé la estimación que se merecen Flórez, Ponce, Burriel, un Paniel. Pero, a la verdad, estos religiosos son muy raros y brillan entre sus hermanos como las lámparas en los sepulcros." Citado por SEMPERE Y GUARINOS: *Ensayo de una Biblioteca*, III, 20.

(1) MEINECKE: *El Historicismo y su génesis*. Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1943.

en todo el siglo, y sin la cual es imposible hacer evolucionar a un pueblo. A pesar de la mordaza que la censura estatal e inquisitorial ponía a los escritores, hemos de reconocer que los estudios de historia dieron un salto audaz que pudo relacionar a España con el resto del continente. Es interesante anotar que ni Fueter ni Croce conceden importancia a lo realizado en España. Fueter sólo cita a Ferreras, cuya madurez científica cae en el siglo XVII, y dice que no puede ponerse al nivel de sus contemporáneos de Francia, pero posee el mérito de haber hecho desaparecer de un modo definitivo las tendencias humanistas desfiguradoras, como en la obra de Mariana (4). La crítica atacó duramente la obra de los escritores anteriores, buscando ante todo una selección de textos, importantes por el material recogido y depurado, no por las interpretaciones carentes de originalidad y fuerza. Menéndez y Pelayo injuria a los eruditos como "entusiastas de la Edad Media", demostrando el grande, si bien "descaminado entusiasmo, con que se proseguían las indagaciones históricas" (5).

No creemos sinceramente en el "descaminado entusiasmo" del que habla Menéndez y Pelayo. La crítica debía ir forzosamente por el camino nacional y nuevo creado por circunstancias históricas y al que no renunció ningún pueblo europeo. Fueter nos expone en pocas líneas una serie de constantes historiografías que se dieron también en España. La falta de juicio histórico y de objetividad fué general. Todos los acontecimientos se situaron en el mismo plano y un pragmatismo justificado amplió el pensamiento (6). Lamentable fué que la Historia se encaminara por el propagandismo político y nacional, pero éste es un defecto del que no se ha visto libre ningún pueblo, ni aun la misma Roma en la época de grandeza. Pero en cambio, por encima de esta laguna que el buen sentido del historiador debe reemplazar, tenemos la aspiración a una unidad cultural, la eliminación de lo innecesario, y un poder de síntesis como jamás ha vuelto a registrarse en ningún historiador español. Este poder de síntesis alcanzó al mismo Flórez, del que nos queda una obra importantísima hasta cuando respeta la leyenda, y cree hacer un estudio del estado eclesiástico lo mismo que del civil (7).

Cada obra aparecida provocaba numerosos escritos, dando así lugar a polémicas incesantes, en las que gastaban su fuerza e ingenio las mejores plumas. Los jesuitas colocaron en el índice al padre Belando, Mayans pasó toda su existencia disputando, Forner agrió aún más su carácter y los escritos de un Masson y un Tiraboschi levantaron verdaderas tormentas intelectuales. Fué aquél un

siglo en el que los diplomáticos, los políticos y los poetas leían y conversaban sobre toda clase de materias, por muy ásperas que éstas fueran. El contacto intelectual era extraordinario y los Anales de las Academias europeas pasaban las fronteras más distintas. Léase la lista de suscriptores a cualquier colección, la Biblioteca de Sempere y Guarinos, o el Semanario de Valladares, que pueden servir de ejemplo.

El cosmopolitismo fué la meta del idealismo crítico, oponiéndose al patriotismo en lo que tenía éste de cerrado y doctrinario; pero un cosmopolitismo que no llegó a la concepción universalista de sentir el mundo como patria común. Era más bien un culto a la República Literaria, a la inquietud intelectualizada para educar al género humano en los nuevos moldes filosóficos. No se habla de Cultura, porque este término de origen germánico apareció más tarde, sino de Historia Civil. Tampoco de Civilización, sino de Civilidad. "Civilización —nos dice Tonybee— significa en latín un sustantivo abstracto formado de raíces verbales, es *Civilisatio*, añadiendo el sufijo "tio", que connota siempre movimientos, procesos o acciones" (8). Fué preciso el siglo XIX, y la obra de Guizot, para que tomara carta de naturaleza este término. Si no existía el concepto de "Cultura" ni el de "Civilización", ¿qué sentido podemos dar a las expresiones históricas de la época? Imaginemos un momento la dificultad que tenía el pensamiento dieciochesco al tener que manejar nuevas perspectivas con terminología antigua. Voltaire, Montesquieu, Herder manejan en bloque la Historia y sus productos culturales, pero no ponen de manifiesto la finalidad de sus estudios sino en cuanto se relacionan con una nueva ciudadanía. Esta es la expresión que debemos fijar al hablar del progreso histórico.

Dilthey, en un admirable trabajo sobre "El Mundo histórico y el siglo XVIII", descubre en esta época la primera conexión cultural al exponer en los ciclos de las cosas terrenas la interacción de los Estados y el maridaje de las fuerzas históricas. "No encuentro en la historia del género humano un acontecimiento más grande que el nacimiento de esta conexión que, partiendo del conocimiento de las leyes naturales, alcanza hasta el dominio de la realidad por el poder del pensamiento, y de este dominio a las más altas ideas que nos determinan a todos nosotros" (9).

También Paul Hazard ha dedicado brillantes páginas al enfocar los caracteres generales de la "Literatura de hecho" que es la Historia en este siglo, anotando como base el afán de moralizar filosóficamente el pasado, el límite contenido de lo expuesto y la renuncia a lo maravilloso (10).

Relación con la Historiografía europea.

Creemos importantísimo, para enjuiciar nuestro pensamiento histórico, que descubramos el impacto causado en los españoles por los historiadores extranjeros. Brota de nuevo una faceta ya apuntada, la polémica que llegaba a extremos violentísimos cuando se ponía en duda el mérito de España. Forner reconocía la decadencia general de las letras españolas cuando en Europa brotaba la filosofía, pero lo que no admite es seguir sus

(4) *Histoire de l'Historiographie*. París. Alcan, 1914, página 391.

(5) *Ciencia Española*, 1887, I, p. 31. En los *Heterodoxos*, recoge Menéndez y Pelayo el legado cultural de nuestros eruditos, haciendo olvidar sus frases, la violencia del ataque que sufre el siglo XVIII en general. "La erudición es la nota característica del siglo XVIII; el nervio de nuestra cultura, allí está; no en los géneros literarios, venidos a tanta postración en aquella centuria. Ningún tiempo presenta tal número de trabajadores desinteresados. Algunos de ellos sucumben bajo el peso de la obra, pero legar a la olvidadiza patria colecciones enormes de documentos, bibliotecas enteras de disertaciones y memorias para que otros las exploten y logren con mínima fatiga crédito de historiadores. La Academia de la Historia centraliza el movimiento y recoge y salva, con el concurso de todas, una gran parte de la riqueza diplomática y epigráfica de España." (Introducción al t. III.)

(6) FUETER, o. c., p. 423.

(7) GODOY ALCÁNTARA: *Historia Crítica de los Falsos Cronicones*. Madrid, 1868, p. 313.

(8) *Estudio de la Historia*. E. M. C. Buenos Aires, 1951, página 203

(9) Obra citada, *El Mundo Histórico*. Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1944, p. 360.

(10) *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. "Revista de Occidente". Madrid, 1946, p. 233.

extravíos. Pasa revista a los enciclopedistas, criticándolos duramente, pero reconoce, a pesar de sus errores, que Voltaire, Helvetius y Le Mettrie "suscitaron la afición a la filosofía moral pública o de las naciones, que retratan, no los hombres en singular, sino las sociedades de los hombres". Aprovecha, siguiendo esta consideración, la obra de Raynal para enjuiciar a la Casa de Austria y refutar a D'Argenson (11).

Masdeu, que es el típico representante de la Historiografía Crítica, procura dar a toda su obra un "color social", que tiñe del naturalismo de la Ilustración, y al refutar la obra de Montesquieu, cae en iguales defectos, pues en lugar de darnos una solución materialista por premisas etnológicas, halla la resultante psicológica. Hay una "compleción nacional" que encaja perfectamente en la idea filosófica del ingenio humano y del influjo del clima sobre él mismo. Es, ante todo, la teoría climática desarrollada en el "Espíritu de las Leyes" lo que determina la postura de Masdeu dentro del campo histórico.

Montesquieu —dice el jesuita emigrado— "discurre con demasiada generalidad y se aplica poco a examinar con particularidad las cosas y las menudas circunstancias sin fatigarse en combinarlas entre sí". Su filosofía es "vana y extravagante", formada por "las nieblas de una filosofía de voces". Comentando los párrafos relativos a España del escritor francés al que llama "Grande" con ironía, le denomina "Dios de la Literatura, convertido por sus errores en deidad". La causa de estas burlas es el desconocimiento que posee Montesquieu del pasado español, su ignorancia sobre la riqueza minera y la aplicación del clima en el carácter nacional y en la formación de las culturas. No comprende Masdeu cómo ha podido formarse reputaciones tan falsas con la de Montesquieu y Gibbon, a quienes, por "intolerable abuso", se les concede el título de filósofos. La exposición histórica del escritor galo no es más que metáfora y "generalidades inútiles que llaman a la memoria el fin que debe tener toda cosa humana, pero no nos declaran los motivos o causas porque un cuerpo político dura menos que otro, sin cuyo conocimiento no podemos impedir o retardar su caída" (12). Cadalso censura regocijado las pedanterías de los discípulos de Montesquieu criticando las "Cartas Persianas", defendiendo a España con textos de Quintiliano, burlándose de los "Filósofos de pesebre" que hablan de Montesquieu y de Rousseau "sin haberlos visto más que por la posta" y que después de leer el "Espíritu de las Leyes" y el "Contrato Social" del ginebrino exclaman: "¿Para qué necesito yo otra cosa?" En compensación de estos historiadores "a la violeta", pone Cadalso como ejemplo a David Hume, figura que debió causar sensación en nuestros escritores, dada la abundancia de elogios tributada a su "Historia de Inglaterra" (13).

Hervás y Panduro, en su extensa y documentada "Idea del Hombre", ataca también a Montesquieu, "Doctor moderno de mayor fama o malicia que sabiduría, a quien la risible ignorancia de algunos filósofos modernos tributan ciegamente honores de gran maestro". Hervás no califica a la ligera el autor del "Espíritu de las Leyes". Su pos-

tura de historiador de la humana naturaleza le obliga a mantener una actitud tan correcta como profunda, y así expone su opinión: "Yo, que profeso la Filosofía de la Razón y no la de autoridad humana sin faltar a la civil, que se pueda merecer Montesquieu, y que yo por principios de religión y educación, respetó en todos los hombres, admitiré la doctrina de Montesquieu si la encuentro verdadera". Pero al no descubrir sentido histórico en la misma, Hervás se contiene, y en lugar de decir una frase violenta, "¡Mientes!", se calla, "porque la descortesía sería injuriosa para él mismo" (14).

En cambio, Rousseau no le merece el menor respeto. El pasado pedagógico de Hervás se subleva con la teoría educativa del "Emilio". "Todo lo que propone es efecto de una mente delirante" (15). Voltaire es mucho más interesante que Rousseau. "El ensayo sobre la historia general es obra hecha para deleitar a los viciosos o ignorantes y para llenar de preocupaciones a los lectores." No nos dice qué clase de preocupaciones sean éstas. Es indudable que la sensibilidad histórica de los españoles, en el exilio o en la patria, debía excitarse con las sugerencias y perspectivas creadas por Voltaire, el primer expositor de una Historia de la Cultura que tantos imitadores ha tenido después. La tendencia racionalista es la que empuja al pensamiento católico a impugnar los enciclopedistas, pero la objetividad les obligaba a ciertas concesiones superiores a su fé. Hume es el ejemplo de esta actitud, aunque la incredulidad del filósofo británico empañe los elogios que se le tributan. En cambio Bossuet acumula los adjetivos encomiásticos por su célebre "Discurso", la mejor obra elemental para la instrucción de la juventud (16). Otro jesuita emigrado, el P. Andrés, nos abruma con el análisis de los principales historiadores y pensadores extranjeros y hace pensar lo que hubiera podido hacerse en España de existir una libertad de pensamiento como la que gozaban los jesuitas del destierro. Toda la obra del padre Andrés está llena de citas y comentarios referentes a los filósofos de la Ilustración y a su concepción histórica. Hume es un juez no menos respetable que Voltaire. D'Alembert, Robertson, Gibbon, Rousseau y Montesquieu se repiten en los capítulos literarios del inquieto jesuita, que llega al extremo de elogiar la Enciclopedia, "injustamente perseguida de algunos y alabada de otros con exceso" (17).

(14) *Historia de la Vida del Hombre*. Madrid. Imp. Aznar, 1789, I, 121-122. Es extraordinario anotar la coincidencia de pensamientos con Dilthey, quien explica el éxito extraordinario de Montesquieu por el gran arte literario en el que se ha vaciado. *L'Esprit des Lois*, y en el análisis del todo por medio de reflexiones sueltas. V: *Mundo Histórico*, p. 370. Meinecke advierte en Montesquieu una lucha íntima entre las causas morales y las causas físicas. Esto le hace vivir el "proteolemento de la sensibilidad histórica, la complacencia en lo diverso e individual". *El Historicismo*, p. 140.

(15) Obra citada, I, 343-344. Para refutar al ginebrino, se apoya en la obra de BERGIER *Le Deisme refuté par lui meme*. París, 1766. Es interesante anotar al amplitud de lenguaje que adornó a los españoles emigrados, poniéndose en contacto con toda clase de obras prohibidas en España. La censura en España llegó a extremos intolerables, nocivos para su ulterior desarrollo científico. Burke, Rousseau, Montesquieu Voltaire, tenían que ser leídos en secreto, en tomos traídos de contrabando, como si fueran fardos de tabaco. No se salvaron de denuncias ni Jovellanos, Azara, Urquijo, y la Inquisición penetró en Palacio, informándose de las actividades intelectuales del Infante don Gabriel, traductor de Salustio.

(16) Obra citada, II, 195-263.

(17) JUAN ANDRÉS: *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*. Madrid. Sancha, 1784, 8 vols., I, p. 414. Andrés piensa que los autores de la Enciclopedia debieron

(11) *Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la Historia de España*. Madrid, 1843. Imp. La Amistad, p. 79.

(12) *Historia Crítica de España*, 1783, I. Discurso preliminar, cap. XX, y pp. 269, 316; X, pp. 227, 228.

(13) *Los eruditos a la violeta*. Carta de un viajante a la violeta a su catedrático. Madrid, 1781. Imp. Isidoro Hernández, pp. 126, 141, 152, 153.

La ortodoxia de los jesuitas tuvo que sufrir fuerte choque en su formación cultural, por no poder incluir en sus conceptos totalitarios los avances intelectuales creados por la Ilustración. La compenetración anímica, puesta en contraste con la historia, obligó a una labor de selección, destacando en esta tarea el P. Andrés, que inició sus trabajos literarios con un pensamiento de D'Alembert. Enfrentado con el problema de conciencia que creaba la Historiografía Racionalista, la postura jesuítica es perfecta por lo equilibrada. "El amor a la Religión y el espíritu de libertinaje han contribuido a crear dos partidos que ciega-mente combaten sobre el verdadero mérito de la literatura de nuestro siglo. La Religión y las letras son dos cosas distintas en un todo, veo que puede un filósofo estar abandonado de Dios según los deseos de su corazón y tener, sin embargo, sutil ingenio y fino discernimiento, y pensar justa y verdaderamente en las materias literarias...; no comprendo por qué no se pueda y por mejor decir no se deba desear el fino gusto de Voltaire, la elocuencia de Rousseau y la erudición de Freret, antes que los talentos medianos de gran parte de sus contrarios." Hay que reconocer en el P. Andrés una grandeza de concepciones lamentablemente olvidadas en nuestra época y que hacen honor a su espíritu cristiano, limbo de faraseísmo y de sobra de partido. Los historiadores del siglo XVIII ofrecen en sus reflexiones un nuevo e inusitado género de historia que conviene considerar (18).

Dentro de la revolución espiritual que significó el siglo XVIII, lo que le parece al padre Andrés lo más adelantado es el modo de escribir la Historia y en este sentido no omite citas ni comentarios de los autores europeos. En el libro tercero de su vasta obra, dedicada por entero al "Origen, Progresos y Estado actual de la Historia", vuelve a aparecer la figura de Voltaire al lado de Condillac, Ravnal, Hume, Robertson. Es un "Proteo Literario" que ha descubierto un nuevo camino para tratar la historia universal mirándola parte por parte en todos sus aspectos de los gobiernos, las guerras, de las leyes, de las costumbres, de las ciencias, de la religión y siguiendo en todas sus operaciones el espíritu y el corazón humano. Lástima que se deje llevar por la imaginación, pues provoca enfado, risa o indignación obligándonos, finalmente, a arrojar el libro de las manos, "detestando la temeraria insolencia del escritor". El padre Andrés aparta su mirada, repugnándole la individualidad sectaria del patriarca de Farney, pero reconoce el derecho de éste a escribir de corazón. Lo que no perdona es que sacrifique la verdad al chiste. Por último, la técnica literaria adoptada por el escritor francés, con análisis en compartimentos estancos, molesta a nuestro jesuita. "El ver en la historia puesta la mira en diversos puntos, que hacen conocer a los hombres desde varios aspectos, agrada a los lectores filósofos, pero no el verlos sueltos

aprovechar la división de las ciencias hecha por Bacon y que nuestro Huarte, en su *Examen de Ingenios*, pudo dar mucha luz para esta división. V: I, cap. X, nota V. Más adelante reconoce el mérito de los Dicionarios, que pueden ser la ruina de la literatura, pero prueban su perfección (p. 251).

(18) Obra citada, I, 353. El escritor más leído fué Voltaire. "Si hubiera podido sujetar a la verdad y guardar en el estilo la gravedad que corresponde a un historiador y a un maestro de la vida humana digno de que lo tuviesen presente los historiadores" (p. 392). El estudio que hace Andrés de Voltaire es amplio y fino, la *Henriade* y sus poesías merecen bellas páginas estilísticas (III, p. 306).

en capítulos separados, sin formar un cuerpo de historia y de sólida instrucción" (19).

Voltaire aportó al pensamiento histórico europeo y, por tanto, al español los siguientes caracteres: Mecanicismo, Moralismo Filosófico y Afán Civilizador, ensanchando el horizonte intelectual, pero introduce al mismo tiempo la primera noción del Relativismo. Se propone escribir la historia de los hombres y sus costumbres, y el experimento filosófico lo recogió nuestra Historia, que vió en él la salvación pública de la sociedad, al libertarse de ideas tradicionales. Los hombres no son independientes entre sí, sino productos de años y años de Historia, no existiendo separación en el tiempo, sino en el espacio. El hombre recibe la presión de fuerzas opuestas que pueden unirse o diverger. El gran satírico francés pensaba sólo en el espíritu de las épocas, pero deslucen con ejemplos pintorescos y divertidos la gran obra de conjunto. No guarda el respeto, como dice el padre Andrés, a los hechos independientes, sino que, prescindiendo de la determinación en el tiempo, los une genéticamente implicando cierto fatalismo. Dilthey le concede el extraordinario mérito de sistematizar la idea del progreso, pero le niega visión política; por eso termina con una especie de desesperación sobre el poder de la limitación humana y de la fé fantástica. "Voltaire no responde por completo a las exigencias que habrá que hacer a la comprensión de la cultura." (20).

Campomanes, que unía a su inteligencia económica una vasta cultura literaria e histórica, cita continuamente obras extranjeras en las que se halla un modelo científico digno de ser imitado. Sobre todo Hume, que debió ser para los ilustrados españoles, católicos o enciclopedistas, un maestro. La historia política de una nación a modo de la escrita por Hume es la que con preferencia se debe estudiar y escribir (21). Los relatos del pasado deben ser como los practicados por Montesquieu en su libro sobre Roma. También es Montesquieu el creador de un género nuevo donde, combinando legislación y viaje, puede deducir admirables fórmulas sociales, dándonos en forma escrita las ventajas que el sabio puede sacar de semejante estudio (22). Es curioso notar que entre los escasos españoles que habían leído la teoría del arte de Winckelmann se hallaba Campomanes, así como es también el único tratadista al que vemos citar Juan Bautista Vico, que permanece desconocido a todo lo largo de la obra de los jesuitas en exilio (23).

Bastan estos ejemplos de algunos de nuestros teóricos para mostrar cómo recibieron los españoles el nuevo mundo histórico de la Ilustración, así como la servidumbre intelectual que guardan respecto del mismo, rota sólo en cuanto afectaba

(19) Obra citada, VI, 171-173.

(20) *El Mundo histórico*, 114-115. *El Mundo histórico y el siglo XVIII*, p. 365.

(21) Apéndice a la *Educación Popular*, II, p. XXIV. Andrés concede, a su vez, a los historiadores ingleses el privilegio de ser los primeros en dar al mundo su completa y universal historia, sobre todo Hume, que dobló la lengua al gusto histórico (o. c., VI, 185-188-190). También Hervás y Panduro, que pasó de la Filología a la Historia, da a los ingleses la primacía de escribir con libertad, mas sin crítica y llevados del fanatismo religioso (o. c., II, p. 261).

(22) CAMPOMANES, o. c., p. 405. Sobre la necesidad de los viajes, Hervás llama también la atención apoyándose en los *Essais* de Montaigne (o. c., p. 78-80).

(23) Obra citada, III, p. V. Sobre Vico, registra la reflexión del genial italiano acerca de los tiempos fabulosos o heroicos en las *Ilustraciones al periplo de Hannon*. Madrid, Imprenta de Antonio Pérez de Soto, 1756, p. 33.

a sus sentimientos de españoles y de católicos. Postura de doble vertiente, que todavía sigue padeciendo nuestra historiografía al no conseguir dominar plenamente el íntimo sentido de la Historia. Los españoles del XVIII pensaron como historiadores auténticos sólo en partes pequeñas, preocupándoles, más que la unidad de pensamiento, los aciertos parciales sobre hechos concretos.

Necesidad de una historia de España.

Anhelos generales del Siglo es escribir una obra sobre la historia de España, aprovechando todos los descubrimientos diplomáticos. La ausencia de un cuerpo perfecto de historiadores es notada melancólicamente por el P. Andrés. "España —dice— es la nación que menos puede gloriarse de los progresos de su historia en este Siglo" (24). Esta manquedad espiritual se percibe continuamente en todos los escritores que nostálgicamente recuerdan al P. Mariana. La pobreza de medios técnicos y la escasa inquietud intelectual es la culpable de tal atraso que los eruditos quisieron reparar con quejas continuas, pero sin resultados prácticos. Masdeu, que entró de lleno en el programa, no pudo acabar su obra, superior a un ser humano y distraído las más de las veces por las polémicas que despertaba la "Historia Crítica" no consiguió vencer las dificultades presentadas. Jovellanos no tenía empacho de decir: "La nación carece de una historia." "Falta la historia civil, única que es a la que debe aspirar principalmente todo escritor" (25). Y Forner recordaba en un trabajo especialmente dedicado a tal necesidad, la exigencia didáctica de poseer una buena historia. Lamentablemente, España sólo vive en unas concepciones medievalistas que exteriorizan nuestro atraso. La historia, como "maestra de la vida civil", no existe en nuestro país. "En muchos casos somos todavía medio godos y, por desgracia, lo somos en lo que menos debíamos." Nada enseña en lo que se ha escrito hasta entonces. "Si a alguna nación de Europa le importa poseer un cuadro político de aquellos siglos de anarquía es España, indudablemente la que tiene más necesidad de él" (26).

La obra de Forner no es única y todos nuestros tratadistas cooperan con su inteligencia y labor crítica en la tarea de desbrozar el campo a los historiadores de empuje. Aprovechan para ello los principios metodológicos del sentido común, unidos al frío racionalismo dieciochesco, el implacable realismo español y el ansia de libertad que aporta el nuevo espíritu crítico. No hay Pirineos para el espíritu filosófico que revisa todo el pasado con la misma dureza de análisis moral que pudiera hacer un Tácito. El ataque al milagro, a la fábula y a la leyenda fué condición de sana metodología contra el deseo popular más amigo de ver sucesos sobrenaturales que naturalmente explicados. Las Crónicas, cuyo origen se remonta a los fastos consulares de Roma y a su calendario civil, fueron pasados por el tamiz de la crítica; lo mismo ocurrió a los Anales, derivados de un calendario litúrgico y de las tablas pascuales. Hay ahora

(24) *Origen, progresos*, VI, 207.

(25) *Discurso sobre la necesidad de unir al estudio de la legislación el de nuestra historia y antigüedades*. B. A. E., XLVI, 298; *Juicio crítico de la historia antigua de Gija, que escribió don Gregorio Menéndez Valdés Cornellana*. B. A. E. L. 509-54.

(26) *Discurso*, p. 82 y ss. En general, toda la obra es un imperativo.

un sentido amplio y constructivo; no se quiere escribir en latín, sino en castellano, y el pasado es consultado con el objeto de sacar utilidad hasta de sus vicios.

Con este fin escribieron exposiciones sobre metodología, periodización y heurística, Jacinto Segura, que confeccionó un "Norte crítico y reglas para que la Historia fuese discreta" (27); Vicente García de la Huerta definió el carácter del historiador (28); Francisco Manuel de la Huerta estudió la posible conexión de la Mitología con la Historia (29); Ignacio Luzán adoptó una postura escéptica, afirmando la imposibilidad de hallar la verdad última de los hechos (30); el marqués de Llió, don José Mora, dictó una serie de normas sobre la fé que se podía tener en los historiadores, en un esquema absurdo, basado en principios escolásticos, sin sentido crítico alguno, admitiendo la tradición y colocando la Historia al servicio de la Teología (31).

La Academia de la Historia reunió un grupo magnífico de investigadores y eruditos que prepararon la organización archivera y el material que usaría la posteridad al enviar numerosas comisiones a provincias. Los Estatutos de la Academia justificaban el organismo dedicado a "purificar y limpiar la de nuestra España de las fábulas que la deslucen e ilustrarla de las noticias que parezcan más provechosas". Los eruditos, que eran todos los académicos, dieron preferencia a las investigaciones de tipo seguro y no metafísico (32). El defender a España de las acusaciones extranjeras y la tarea de traducir libros se unió al descubrimiento de los viejos depósitos de documentos; Ramón de Guevara recibió la orden de verter al español la "Historia de América" de Robertson, con notas críticas, siendo después confiada la obra al insigne americanista Juan Bautista Muñoz.

El tema de la era hispánica promovió numerosas polémicas, disertando ampliamente sobre ella Masdeu, que le dedicó un volumen entero en su "Historia Crítica"; Mayáns; Flórez, en la "España Sagrada", y Martín de Ulloa, con un "Tratado de Cronología para la historia de España" (1796); el conde de Campomanes; Lorenzo Diéguez y, sobre todo, el marqués de Mondéjar (33).

(27) *Norte crítico con las reglas más ciertas para discreción en la Historia y un tratado preliminar para la instrucción de históricos principiantes*. Valencia, 1733. V: Ferrer del Río. H. de Carlos III, I, 190.

(28) *Discurso*. 12 marzo de 1765. Real Academia de la Historia.

(29) *Disertación sobre si la Mitología es parte de la Historia y cómo debe entrar en ella*. Mem. R. A. H. I, 1796. Huerta se apoya en San Agustín para demostrar la falsedad de la Mitología. Ahora bien, pregunta, la fábula, ¿encierra hechos históricos? De la fábula surgió la idolatría, y ésta, como confirma Tertuliano, tiene orígenes humanos; por tanto, entra en el campo de la Historia. El historiador debe considerar la fábula como relato de un hecho cierto. "Sólo son falsos los adornos y circunstancias con que se halla vestido el suceso." El modo de distinguirlos es observar lo que contienen de sobrenatural u opuesto a la razón y recto juicio.

(30) *Dificultad de hallar y decir la verdad histórica*. Discurso. 19 enero de 1746. R. A. H.

(31) *Observaciones sobre los principios elementales de la Historia* Mem. R. A. C. Buenas Letras de Barcelona, I, 1756, página 93; segunda edición de 1868. II, 1-50.

(32) VICENTE BARRANTES: *Historia de la Real Academia de la Historia*. Madrid, 1874

(33) La obra de Mondéjar fué publicada por Mayáns en Valencia, el año 1744. "La Era española es la de la Encarnación." Respondió FLÓREZ en *Chronología de la Historia Antigua de estos Reynos aplicada a Concilios y Reyes declarando el verdadero conjunto de la Era española con tablas de computo eclesiásticos y uso de los ciclos...* Campomanes y Diéguez añan-

Los trabajos de investigación en los Archivos y las comisiones depuradoras de textos fueron abundantes e imposibles de reseñar en este ensayo. Este tipo de literatura histórica fué característico de la época, repitiéndose a veces sus creadores. Hasta en provincias surgieron Academias. Sirva de ejemplo la fundada en Valencia por don Gregorio Mayáns y Siscar, que se propuso sustituir a Schott y Pistorius; Mondéjar, Nicolás Antonio y J. Bautista Muñoz fueron los nuevos ídolos (34).

El nacionalismo histórico.

Fundamental en todos los aspectos es el patriotismo de nuestros historiadores. No podemos recoger los escritos de carácter político, sino aquellos en donde la Patria y el Estado se unen con el sentido histórico. El escepticismo de Ferreras desapareció después de la Guerra de Sucesión, y cualquier cronista local antepuso el amor a la patria, bien pequeña o grande, a sus propias investigaciones científicas. Siempre fué peligrosa la postura patriótica en materias históricas, y las consecuencias de estas actitudes las está pagando aún nuestra literatura histórica. España, que padeció constantemente del vicio grandioso de la vanidad, continuó en el siglo XVIII saboreando el propio retoricismo y ocultando hipócritamente los defectos. Hemos de reconocer que la leyenda negra merece ser combatida en lo que tiene de injusto, pero lo mismo ha de hacerse con la "leyenda blanca", tan perniciosa o más que la anterior. Veamos cómo pensaban nuestros hombres del XVIII y observemos cómo dentro de la propia exasperación, el racionalismo y el eclecticismo ilustrado alcanzó ventajas aceptables por la moderna escuela histórica.

"Una historia nacional es el peligro más grande que puede sufrir el mundo de las letras." Para Hervás y Panduro, no hay más que vanidad y adulación, estropeando la pureza histórica. No se trata sólo del servilismo con que se sirve a la política reinante, sino también la imperfección del método usado para la explicación de los hechos. La parcialidad viene a ser sinónimo de espíritu nacional. "El nacional que escribe la historia de su nación animado del vil y mentiroso espíritu de su falso honor se cree obligado a negar todo lo que es injurioso a ella, aunque sea cierto." "La educación y el fanatismo en favor o en contra de una nación oscurecen la verdad en las historias." Este espíritu de parcialidad que es "la peste común de las historias" sólo puede ser destruido con una rigu-

dieron unas observaciones sobre las fechas de los Concilios de Africa. España y la Galia, que publicó la Academia en 1896 en sus Memorias.

(34) Para tener un estudio completo de los especialistas de las Ciencias auxiliares de la Historia, así como de todos sus más importantes historiadores, véase la relación inserta en las siguientes obras: MENÉNDEZ Y PELAYO: *La Ciencia española*, 1889. III, pp. 329-345; DANVILA: *Historia de Carlos II*, IV, 413; FERRER DEL RÍO: *Historia de Carlos III*, IV, páginas 396-422; CAVEDA: *Discurso sobre el desarrollo de los estudios históricos en España desde Felipe V hasta Fernando VII*. Madrid, 1854. Todos los historiadores del siglo XVII español, como Coxe y Dessevis du Dezert, dedican sendos capítulos a la Bibliografía histórica. No hace falta decir que la obra de Sánchez Alonso es el repertorio más completo, moderno y hasta ahora irremplazable para este estudio. Pueden añadirse monografías como la de A. ELIA DE MOLINS: *Los estudios históricos y arqueológicos en Cataluña en el siglo XVIII*. Barcelona, 1903; FLORENCIO JANER: *Aprecio y conservación en que se tenían los objetos científicos y arqueológicos durante el reinado de Carlos III y Carlos IV*. "Revista España", XVII-XVIII, 1870, pp. 200 y 27. La enumeración de otros trabajos sería fatigosa. Valgan éstos como ejemplo.

rosa formación científica y a ella deben tender los educadores (35).

El ataque a los cronistas e historiadores "nacionales" fué general, y prueba de ello es la campaña contra los crónicas, cuya limpieza libró a la Edad Media de una hojarasca tan estúpida como insustancial. País tan individualizado en sus regionalismos como España forzosamente debía poseer un concepto antiunitario de la Historia, que era necesario transformar al servicio de la colectividad estatal. La anti-patria es el exceso de amor por la "patria chica". Tal es el sentido que posee este párrafo de Sempere y Guarinos: "Ninguna nación tiene más historias particulares de sus ciudades y provincias que España, pero tampoco las tiene ninguna menos exactas, menos fieles ni tan vacías de las noticias que interesen más en la Historia general. Escritas por lo común por naturales fanáticos y poco instruídos, todo el fondo de ellos consiste en ponderaciones sobre su antigüedad, nobleza y excelencias, pero nada de crítica en los mismos sucesos que refieren y ningún cuidado en recoger los datos más importantes para confrontar su estado antiguo y moderno y conocer las causas del aumento y decadencia de su población y riqueza."

El cosmopolitismo del siglo sugiere a Sempere, que lo sitúa incluso por encima del nacionalismo. La saña con que ataca a los cronistas provincianos es una muestra del poder que había conseguido infiltrar el Gobierno en sus defensores. "Mientras que una nación no llegue a consolidar en su seno el espíritu de unidad y de patriotismo, faltan todavía muchos pasos que dar en la civilización. No es el mejor medio para extinguir la rivalidad de las provincias el referir por menos la patria de sus escritores. Antes, acaso convendría sepultarles en el olvido, o al menos por cierto tiempo, y que de ningún hombre de mérito de nuestra nación se pudiera decir más que es español" (36).

Este mismo afán unitario inspira la obra del padre Flórez y su brillante grupo de seguidores. Disolver los hechos parciales en la totalidad del conjunto, formando una conexión íntima que explique por su misma trabazón el modo de ser histórico. "La sustancia de la cosa no se debe ocultar cuando se escribe de ella; sólo se permite a los compendios que no individualicen en un todo, pero deben ofrecer un concepto que adecue en lo común" (37).

Forner fustiga el "chauvinismo" historiográfico como lo podría hacer Nietzsche o Paul Valéry. "Los pocos historiadores nuestros que han escrito de estos dos últimos siglos han sido más bien abogados de los abusos que relatores imparciales y desinteresados." La propaganda es necesaria en los temas políticos, y fué la ciencia histórica quien prestó este servicio. Ejemplo de este sectarismo

(35) HERVÁS, o. c., II, 185-188-238.

(36) *Ensayo de una Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*. 1785. Imp. Real. Madrid. VI, 154; artículo sobre Clavijo, II, p. IX. Sempere y Guarinos que recogió las insinuaciones históricas de Voltaire en su *Historia del Lujó*, fué, como todos los escritores del XVIII, un economista convencido que pasó de los estudios agrarios e industriales al campo intelectual y uno de los debeladores de las crónicas tradicionales. Ejemplo de estas dos intervenciones es el Manifiesto inserto como prólogo de la *Biblioteca Española Económica-Política* (Madrid. Sancha, 1801, 3 vols.), en donde pide la implantación de la Economía como asignatura primera a los pedagogos. De no ser así, España podía convertirse en otra Polonia (pp. 12-13).

(37) *Clave Histórica con que se abre la puerta a la Historia eclesiástica y política*. Madrid, 1790. Prólogo.

son Sandoval y Robertson, que yerran notablemente en sus obras. "La nación que se aventaja más en las letras es la que logra más proporción para honrarse a sí misma a costa del descrédito de los otros" (38).

Pero estas voces que se alzaban defendiendo la estricta objetividad científica no encontraron eco, pues la idea preponderante era poner de relieve la grandeza del pasado con un sentido utilitario, pero no con el fin científico de ilustrar la Historia española. Con ello se halagaba el amor propio de la nación. El Estado dirigió las investigaciones, cuyo principal órgano de trabajo fué la Academia de la Historia. William Coxe, que hubo de manejar las numerosas fuentes de la época de Carlos III, echa de menos la alianza de la verdad y de la filosofía, sin las cuales las lecciones de Historia son de poco provecho. Lo que sinceramente salvó la Historiografía española fué un culto ardiente por la Patria, reconstruido económica y espiritualmente por los Borbones. Este amor por la Patria, tan peligroso para otros escritores, es, a juicio de Coxe, una prueba del carácter vigoroso de los españoles, que supieron vencer la ignorancia y servilismo que el maquiavelismo de los gobiernos habían logrado entre ellos en el siglo XVII (39).

Deberes del historiador.

La tradición de los cronistas medievales persistió en la Edad Moderna con caracteres exteriores distintos, pero guardando la íntima fuerza del realismo español, coaccionado por un intenso control clerical. Historiadores y cronistas obraban de modo oficioso y elogioso, excepto en aquellos casos en que el escritor era hombre de acción. Así nos encontramos con esa galería de militares que asombró a Fueter por las narraciones libres de censura, imparciales en sus juicios y que consideraban las querellas religiosas como intrigas políticas. Señalemos en el pasado la conexión entre el hombre de acción y el de pensamiento, y a su vez, el contacto del español con la geografía europea o americana. Bernardino de Mendoza, Coloma, Avila y Zúñiga, Melo, Mármol Carvajal, Bernal Díaz, Hernán Cortés y muchos más son ejemplo de lo que decimos. En la Península se escribe Historia con galanura y sentido. Las fuentes se critican, pero no hay la viveza del héroe, autor y relator de la Historia. La Antigüedad sigue siendo fuente de inspiración. Hay interés por los orígenes étnicos del español, y los primeros teóricos de la Historia, Cabrera de Córdoba, Fox Morcillo, Páez de Castro y Juan Costa son los que se ponen intelectualmente al nivel de los tratadistas extranjeros (40). El historiador es algo más que un aficionado al pasado. Hubo un cargo oficial, el Cronista, cuya misión definió Bartolomé Leonardo de Argensola (41).

Es conveniente insistir en la sensación de vida y de polémica literaria que adornan las obras históricas españolas, así como las concepciones católicas directoras. Destaquemos también como cualidad la preocupación por los problemas humanos y el fondo moral que los anima. Esta brillante aportación a la Historiografía europea se quebró en el siglo XVII, volviéndose a las formas clásicas, a la retórica y a la teología. El siglo XVIII pro-

fundizó aún más las constantes de nuestros historiadores, pero el desarrollo de la economía, el cosmopolitismo y la crisis espiritual de la Ilustración transformaron los viejos conceptos, dándoles un carácter europeo, por tributario no menos útil.

La actividad de nuestros pensadores como responsables morales de la nueva escuela científica es sumamente interesante. Podemos seleccionar una doctrina perfecta entre los centenares de páginas leídas. El padre Feijoo, califica al historiador como un artista que ha de escribir imparcialmente y sin pasión. Su estilo no debe ceñirse ni a la vulgaridad ni a la poesía, sino que ha de ser "distante del garrido de los cuervos y del canto de los cisnes". La afectación es ridícula y peligrosa, porque puede parecer amaneramiento lo que no es. Claro —dice Feijoo— que no puede determinarse exactamente cómo hay que escribir, pues esto es imposible, ya que un grado de exactitud que agrade a todos va contra el mismo concepto de la libertad. "¿Qué cuidado o qué fatiga más ridícula que la de estar siempre un escritor con el cordel en la mano para medir la altura en que se ha puesto su estilo respecto del humilde a fin de no perder jamás un punto de aquella distancia?"

Las digresiones son adorno y descanso para el lector. Ahora bien, a aquel que le falte genio para narraciones históricas, que se limite a componer "historias gacetales". Lo interesante es acertar "con lo que más importa, esto es, con la verdad" (42).

Hervás y Panduro enjuicia el sentido moral que debe poseer el historiador, el cual ha de desnudarse de todo afecto vil de pasión natural o de falsa devoción. "Debe ser un juez sabio, sin padre ni madre, sin patria, sin nación y sin fanatismo de religión" (43). Vigoroso pensamiento de constante actualidad que coloca al pensador de la Historia por encima del mundo temporal.

Pero quien define admirablemente al historiador es otro jesuita emigrado, el padre Andrés, que aprendió en el destierro una de las virtudes más hermosas de los humanos, la justicia. La diferencia entre los historiadores modernos y los antiguos es profunda. A los primeros les falta "la vista filosófica sobre la vasta extensión de sus objetos y pasearse por ellos con libertad". Sin embargo, poseen dos ventajas, "una mayor sagacidad crítica y mayor brío y viveza en el estilo". Estas cualidades pueden servir de base para estructurar armónicamente su misión. Las condiciones exigidas al buen historiador son las siguientes: no fatigarse por la mucha erudición, crítica severa, fino gusto para elegir los hechos y elocuencia. "Sin mente vasta, severo juicio, sutil ingenio, brillante imaginación, lectura, combinación, meditación y estudio". no podrá jamás escribirse Historia verdadera. El historiador, como hombre ligado a los hechos, no tiene libertad para presentarlos a su

(42) *Teatro crítico*, IV, 190-217; 281-282.

(43) HERVÁS: o. c., II, 222. Hervás, que consideraba a Bacon y Descartes como los campeones que abrieron camino para investigar la verdad, siente, sin embargo, nostalgia del pasado cuando compara los libros de Historia de su época con los de la Antigüedad. Hay en él una fidelidad severa para con el tiempo presente y un respeto insobornable al pasado. "La desunión que antiguamente reinaba entre los Príncipes y sus respectivos ministerios daba libertad a los historiadores forasteros para publicar la verdad, ya que no se atrevían a manifestar las nacionalidades; mas hoy éstos, por temor o adulación a los Príncipes propios y los forasteros, por no turbar la paz de su nación publicando los misterios de otro Estado, escriben solamente para adular a los que mandan y para engañar a los que leen sus historias" (o. c., II, p. 184).

(38) FORNER: *Discurso*, pp. 95-107.

(39) *España bajo la Casa de Borbón*, III, 258-259; IV, 525-526.

(40) MONTERO DÍAZ: *La doctrina de la Historia en los tratadistas españoles del Siglo de Oro*. "Hispania". 1941, IV.

(41) *Sobre las cualidades que ha de tener un perfecto cronista*. Colec. Escritores Castellanos, II. Madrid, 1889.

modo. Esclavitud salvada gracias al numen inspirador que le iguala a los poetas.

Las miras para ulterior adelantamiento científico tienen que ser, ante todo, fieles a la época vivida. Los defectos de los historiadores antiguos y modernos estriban en su fidelidad a diversas materias, sobre todo la política militar, prescindiendo de perspectivas más amplias. Rara vez tocan los temas religiosos, morales y literarios, ni nos presentan en suma todos aquellos que hacen ver al hombre en todas las clases y puedan dar a conocer plenamente las naciones que describen. La visión es total y perfecta, según la tesis del padre Andrés, lo cual demuestra la influencia de la Historiografía europea, así como los horizontes que se abren a una mente equilibrada filosóficamente. La sobriedad y juicio en todo viene a ser el consejo dado por el ilustre jesuita a aquellos escritores de Historia cuyas reflexiones serán la resultante de una inmensa erudición. Pénsar que la fuerza del espíritu supla la lectura y el estudio es inútil esperarlo (44).

Las palabras de los preceptistas cobran la fuerza espiritual del ejemplo, pero no olvidan la tarea artesana del perfecto cronista. La violenta campaña desatada contra los falsos cronicones sirvió como estimulante para enjuiciar las fases científicas de la objetividad histórica. "La verdadera erudición consiste, no en amontonar citas, sino en escoger las razones más fuertes y las noticias más verídicas y puntuales sacadas de las primeras fuentes de la historia" —escribía el gran erudito valenciano Mayáns y Siscar (45).

Concepto de la Historia.

Los pensadores españoles del siglo XVIII no pensaron idílicamente en una sociedad feliz, ni creyeron podían salvarla de las penas terrenas. Su meta fué realizar un reajuste que librara al pueblo español, tan atormentado por la Historia, de nuevas desgracias. De ahí procede el concepto educativo que tuvo su trabajo. No vemos un enfoque científico, abstracto y regular. La Religión y la Filosofía se hallan identificadas y no se hace una clara distinción en las formas espirituales. Los hechos fueron aislados de las teorías que representaban para ser incrustados en un marco común. La sensibilidad dieciochesca precisaba los acontecimientos, forzándoles en un sentido tomado a priori. Fué una nueva comprensión del mundo la determinante filosófica de nuestra Historiografía, pero no se extrajo de la misma una epistemología racional porque faltaba la unidad filosófica.

Tampoco se descubre la dialéctica entre el hombre y el hecho histórico, sino sólo la huella cultural que dejaron los acontecimientos pasados, cuya acumulación formaba la leyenda de la civilización occidental. La vitalidad del hecho histórico pasa desapercibida, importando sólo la consecuencia de orden moral que se puede extraer de la misma.

La individualidad del ser español se resistía a construir una doctrina totalizadora como vemos en Montesquieu, Voltaire o en Hume. Los tipos históricos condicionados por las teorías climáticas o económicas no fueron asimilados y las polémicas revelaron el escepticismo de nuestros historiadores en este punto.

(44) *Origen, progresos*, VI, pp. 158-215-218-220-223.

(45) *Cartas a don Blas Jover y Alcázar*. Seminario Erudito de Valladares. XVII, 119; SEMPERE: *Ensayo de una Biblioteca*, IV, 47.

Historiadores oficiales.

Lancemos una ojeada sobre aquellas figuras que representan la Historiografía hispana. El marqués de San Felipe, que continuó la brillante galería de los escritores militares, dice en la dedicatoria a Felipe V, estampada en los "Comentarios a la Guerra Civil", que la "verdad es el alma de la Historia y la firmísima base en que funda la noticia llegar a ser erudición". Por eso escribe unos "Comentarios" y no una "Historia", cuyas leyes para lo exacto de las noticias son más rigurosas (46). Los trabajos de Robres sobre las "Guerras Civiles de España", los opúsculos político-históricos de Macanaz, la "Crónica Civil" de Belando, amplían este pensamiento. Son más que historiadores en el pleno sentido de la palabra, periodistas que informan sobre los hechos presenciados. La revisión del pasado como la trazó Juan Ferreras en su "Synopsis histórico-cronológica de España", se hace más tarde, cuando han penetrado en nuestro país las influencias del extranjero y el impulso borbónico crea los brillantes círculos investigadores de Numismática con Pérez Bayer y Pingarrón; Paleógrafos como Terreros, Velázquez, Burriel y Masdeu; Arqueólogos como Pérez de Sarrío y Salamanca; Americanistas como Campillo y Muñoz; Economistas como Asso y Manuel, Campmany, Larramendi, Sempere, Campomanes.

La evolución histórica fué estudiada en los más mínimos pormenores, y el deseo de conocer los bastidores de la cultura hizo que no fuese descartado el más pequeño detalle. Este afán, totalizador y enciclopedista, característico del siglo es la más rica aportación a nuestras doctrinas de la Historia; pero conviene repetir que una vez analizado el hecho como producto cultural, queda fijado sin valor filosófico. "Encadenar la serie de los derechos, usos y costumbres, así eclesiásticos como seculares" —dice Burriel—. De este modo veremos enlazados en armonía y sin confusión los hechos, para poder "tejer una historia de España, juerosa y sustanciosa, en que cada temporada tenga toda la claridad que de las cosas del tiempo pasado se puede sacar para el presente" (47).

La misión de completar las lagunas de nuestra información para deducir un cuerno de doctrina fué notada por Mayáns, que se inclinaba al providencialismo histórico, no en lo que poseía de finalidad teológica, sino en cuanto sistematización del pasado. "Lo que siempre debemos hacer —escribía a Blas Jover y Alcázar— es fundarnos en los Concilios, Leyes e Historias de España, y esto es lo que no han hecho ni los extranjeros ni los propios. Por eso yo años ha que deseo ver esa grande obra de Bossuet, que he visto citada en muchos libros, porque me parece que finalmente contraeríamos en España toda su doctrina, con lo cual haríamos una cosa nunca vista" (48).

(46) VICENTE BACALLAR Y SANNA, MARQUÉS DE SAN FELIPE: *Comentarios de la guerra de España e historia de su Rey Felipe V el Animoso*. 1729. 2 vols.

(47) *Carta I, al P. P. Francisco de Rávago, en la que le da individual noticia de lo que tenía adelantado por la conclusión del plan literario*. Sem. E. de Valladares. II, 5, 6. Andrés Marcos Burriel, muerto unos años antes de la expulsión de su Orden, ha dejado a la posteridad una obra copiosa así como abundante material epistolar recogido aisladamente y que ilustra su concepción histórica. V: Sem. Er. Vall. XVII, 3; XVII, 232; Bol. R. A. H., LI, LII.

(48) *Sem. Er. Vall.*, XVII, 195. Otro erudito, que dejó una gran biblioteca a la ciudad de Valencia, donde pasó la mayor parte de su vida. Mayáns, que pasó de la Filología a la Historia, heredero en cierto modo de la gloria de Vives, es otro típico representante de la erudición dieciochesca. Véase:

Los reformistas.

El padre Feijoo desliza a lo largo de su obra colosal numerosas reflexiones sobre el Universo, la Política, la Moral, la Religión, las Naciones, el Hombre, de las que podemos deducir una teoría sobre la Historia. Lo primero que nos asombra es el desprecio por la máxima ciceroniana de que la Historia posea un carácter moral, docente, diremos mejor: "A nadie hará político el estudio de la Historia que no lo sea por su genio y naturaleza." Pero, en cambio, contiene la utilidad de advertir y señalar los muchos altibajos de la suerte; factor que bien meditado hará más cauto y desconfiado al hombre. Feijoo no ve una finalidad trascendental en la Historia, su misión se empequeñece. Para el benedictino, el sentido histórico es impenetrable, "está escondido en el pozo de Demócrito". Quizá haya demasiada reserva prudencial en sus palabras, dado el poco desarrollo que tenía la Filosofía de la Historia en su tiempo. Pensemos que es en el siglo XVIII cuando surgen los primeros grandes tratadistas de la Ciencia Histórica. Pero no vemos siquiera una reflexión filosófica como acostumbraba a estampar Tácito, Polibio, San Agustín. Feijoo ve en la Historia una literatura propagandística más que una ciencia. Cita el caso de una guerra franco-española escrita por historiadores de ambos bandos. Como es natural, los franceses pensarán en francés y los españoles en español. "La misma pasión que a los historiadores induce a escribir, es regla que determina a los lectores a creer." Este subjetivismo hace retroceder a Feijoo, terriblemente analista y cartesiano. Pero Feijoo sabía mejor que nadie el defecto del apasionamiento; su caída en la puerilidad —al destruir la verdad—. No hay por este camino ni ciencia ni cultura. La creación histórica requiere un colocarse por encima de los hechos estudiados. Para ello es preciso "una lectura inmensa, una memoria felicísima, una crítica extremadamente delicada". La rectitud del juicio pide que a todos se oiga, aun a nuestros enemigos, y se pronuncie la sentencia de las pruebas. Resumiendo, Feijoo es más que un teórico de la Historia, un erudito para el que la ciencia es sólo camino que conduce a la universalidad, pero limitado por el contenido humano que lo alimenta (49).

En general, nuestros tratadistas dieciochescos lo están en función de problemas contemporáneos, pero es posible sacar de entre los libros suyos algunas páginas que eleven el pensamiento histórico sobre las normas pedagógicas o metodológicas. Así vemos cómo se desarrollan en nuestra patria unos principios de la escuela volteriana, al seguir el proceso genético de la Historia y ahondar en los fundamentos sociales. Abella decía: "Los dulces objetos de la paz de la legislación, de las artes, de las costumbres, han llamado poco la atención de los españoles; por eso interesa débilmente nuestra Historia y no puede dar gran luz al Ministerio para la mayor parte del asunto." Creemos que si la atención se detuvo en los principios culturales y sociales, no fué sólo por influencia de la Enciclopedia, sino también por estar en el ambiente peninsular, las reformas económicas de los Borbones, que obligaron a un estudio más detenido

las materias que antes eran problemas de arbitristas. "Amigos de acciones ruidosas —sigue diciendo Abella—, hemos dado demasiado crédito a consejos y prodigios y descuidado de cuanto derechamente conduce a conocer los hombres para saberlos regir, que es la Ciencia que más interesa al Estado y que sólo puede enseñar la Historia bien escrita" (50).

Abella defiende su actitud y lo hace atacando el ambiente falsamente erudito, heredado del siglo XVII. Sigue la norma preestablecida por la Ilustración, pero no aporta nada nuevo. Pensamiento semejante, pero más depurado, es el de Jaime Villanueva. "Yo siempre me he representado la Historia como un edificio compuesto de tantas piezas cuantos son los monumentos que nos quedan de los sucesos pasados, y como entre éstos los hay de más o menos importancia, he creído que algunos de ellos no hacen falta a la Historia, como no la hace una pedruzuela en el camino" (51).

Forner.

Forner defiende la historia genética y la penetración de los hechos bélicos hasta el fondo, con su complejo de ideas y sentimientos. En la confección histórica exige más participación a los procesos de tipo interno. El hombre posee un valor en cuanto es tratado como miembro de la sociedad. Repasando las grandezas del Imperio, critica a los atacados "por la rabia de la filosofía" que tuercen la verdad histórica. Esta ha de ser ante todo obra de nobleza, imparcialidad, estilo sosegado, candor de nobleza, imparcialidad, estilo sosegado, candor sublime y generoso". La primera tarea es acudir a la fuente de las cosas, pues ellas nos hacen existir los siglos y hombres que ya no viven, y si esta representación de existencia no corresponde a la que verdaderamente tuvieron los siglos y hombres pasados, entonces deja de ser Historia y entra en la clase de las novelas".

La Historia civil o la Historia política, como resumen del pensamiento del siglo, es la forma donde se condensa el impulso ilustrado. Los accidentes desaparecen encerrados en la inteligencia sintetizadora. Evoca de enciclopedistas y diccionarios, se desea comprimir el producto de la cultura de la misma manera que bajo fórmulas matemáticas se explicaba el Universo. Las reformas de los gobiernos ilustrados tuvieron su parte, y no pequeña, en los escritos históricos. La existencia de una España dividida en clases sólo podía explicarse por la Historia. La sociedad privaba por encima de los intereses de grupo o de casta, y en ella se cifran los informes político-económicos. Basta ya de hazañas guerreras, de gestas sublimes, que sólo sirven a la vanidad. "Falta representar la vida política y ver en los tiempos pasados los orígenes de lo que hay de sano, y en la sucesión de las cosas, los progresos, no de los hombres en individuo,

(50) *Noticia y plan de un viaje para reconocer nuestros archivos*. Madrid, 1795. Citado por SÁNCHEZ ALONSO: *Historia de la Hist.* III, 183. La manquedad de nuestros estudios históricos, que ya hemos puesto de manifiesto, es la única razón de las lagunas que encontramos en el pensamiento filosófico. Faltaba la densidad intelectual que hiciera fecunda la Filosofía de la Historia. Lo mismo que Abella se expresaba Semper y Guarinos: "Las historias que tenemos, cuanto abundan de genealogías y prolijas narraciones de batallas, fábulas y sucesos poco interesantes, tanto escasean de datos y noticias útiles para el conocimiento del verdadero estado de nuestra península en sus diversas épocas: V: *Biblioteca Española Económica-Política*, Madrid. Sancho, 1801, I, pp. 12-13.

(51) *Viaje Literario*. Codoín, XXI, 1852, p. 40.

MOREL-FATIO: *Un erudit, espagnol au XVIII siècle*. Burdeos, 1915; MIGUEL PLANAS: *Bibliofilia*. Barcelona, 1914, pp. 17-203-213-303; donde da noticia de los manuscritos y ediciones que poseía Mayáns. LUIS GUARNER: *Cómo vivía un erudito del siglo XVIII: Mayáns*. "Revista Bibliográfica Nacional". 1946. VII.

(49) *Teatro Crítico*. V. 283-288; IV. 190-217; 281-282.

sino de las clases que forman el cuerpo del Estado." Basándose en estos principios, impone Forner una visión total de la Historiografía, pues no hay una obra digna de consideración en las Bibliotecas. "Los cronistas, dependientes de la voluntad de los soberanos, escriben las más de las veces por contemplarlos, y en esta esclavitud redundó las más veces en detrimento de la verdad y justicia."

Tiene Forner una fina observación que la Historiografía no puede rectificar en ningún momento. Cuando estudia los horizontes de la vida cultural, halla en ellos épocas intensas por los hombres que la crearon y otras débiles; éstas se aficionan al estudio de lo remoto, prescindiendo de la contemporaneidad, y la consecuencia es un vacío general de algunos períodos y una abundancia de datos respecto a aquellos que ya no nos interesan por su lejanía, siendo para nosotros perjudicial, pues en los próximos "se echaron las semillas de lo que hoy somos y los remotos es muy poco lo que nos pueden interesar" (52).

Defecto es éste que sufre toda generación moderna, pero que es insoslayable. Los hombres del XVIII en esta situación pueden compararse a los del XX que han llegado a demostrar perfectamente épocas, no remotas, sino remotísimas, y en cambio ignoran los acontecimientos que les han formado a ellos su órbita conceptual. Pensemos un momento los escasos libros que ilustran nuestro siglo XIX, como si su cercanía fuera obstáculo para el recto estudio.

En Forner vemos brotar la célebre representación antropológica de la Historia, concebida por primera vez en la mente de Séneca y que Lucio Anneo Floro divulgó en el siglo II. La Historia de Roma, que sirve de paradigma a la ciencia, fué clasificada como la de un individuo determinado vitalmente en cuatro períodos: infancia, adolescencia, virilidad y senectud. "Comparemos los progresos de nuestra Historia con las de las Edades del hombre", dice el erudito del siglo XVIII. Conviene señalar el fervor con que se leía el "Compendio de las hazañas romanas" de L. A. Floro, muy elogiado por Bossuet y Montesquieu (53).

Notamos en Forner una secreta comparación con la obra de Montesquieu "Causas de la grandeza y decadencia de los romanos". Si Roma perdió su poder por olvidar las instituciones republicanas, España sufrió igual castigo por perder sus libertades medievales. "Las causas de nuestra decadencia están envueltas en las revoluciones de nuestra constitución pública."

La Razón de Estado de los Reyes era distinta de la Razón de Estado de sus pueblos. La consecuencia de esta disociación fué el pirronismo filosófico. Sólo restableciendo la libertad podía restaurarse la grandeza española. Conviene no olvidar la atención prestada por Forner a la economía, "que mueve a las naciones"; su odio a la guerra, "enfermedad de los Estados", y el ataque a las sociedades literarias, que querían escribir Historia, para lo cual se necesitaba más talento que arte, virtud la primera muy difícil de seleccionar en un cuerpo oficial (54).

(52) *Discurso*, pp. 3-33-46-82. "La historia de las estructuras sociales desde Tácito no se hace hasta que los filósofos de estos últimos tiempos la han restaurado." Esta afirmación es el tributo de Forner a la época ilustrada. Sobre su significación, véase la obra de MARÍA JIMÉNEZ SALAS: *Vida y obras de don Juan Pablo Forner y Segarra*, Madrid, 1944. C. S. I. C. Instituto "Nicolás Antonio" Sobre todo el brillante resumen del célebre "Discurso", pp. 457 a 461.

(53) Biblioteca Clásica, LXXXIV. Madrid, 1885.

(54) *Discurso*, pp. 135-132-50. El ataque a la Razón de Estado forma parte del ideario de HERVÁS Y PANDURO. "La Ra-

Los eruditos.

Las relaciones generales entre los hechos históricos y su reconstrucción, que fué la tarea de los sociólogos e historiadores de la época, dió por resultado un concepto nuevo de la Historia, esforzándose sus cultivadores en sentirse contemporáneos del pasado. Postura de sensibilidad histórica dirigida en sentido moralista. La interpretación cristiana de la Historia introdujo nuevas páginas moralistas, destacando en este punto de vista el padre Flórez, que creó un peregrino término de matiz opuesto al volteriano. Lo llamó "Filosofía Historial", que será aquella que "tira a persuadir con los ejemplos". Según Flórez, "Filosofía Historial es la que intenta apartar al hombre de lo malo y moverlo a lo bueno, con el hecho mismo de ponerle a la vista el éxito infeliz de los que no lo fueron."

El adelantamiento moral de un pueblo, aprovechando los conocimientos históricos, fué siempre norma de la Iglesia Católica, que continuaba así la literatura decadentista de la alta Edad Media. El dogma es el principal juicio histórico, y desde su altura se divisan las relaciones humanas como simples conexiones de morales distintas. "En ese Gran Teatro (de la Historia) —continúa el eminente erudito español— no se entra a especulaciones infructuosas, sino a formar aquellos conceptos prácticos que pueden hacer a un hombre." Perfeccionar al hombre registrando los archivos se une a la necesidad de la reconstrucción política buceando en idénticos lugares, como hizo Cánovas en el siglo XIX. La Historia, tan útil y necesaria a los teólogos, "concede al hombre un género de superioridad que parece soberanía en saber lo que dejó ya de leer" (55).

El erudito valenciano don Gregorio Mayáns y Siscar, en el prefacio y dedicatoria a las "Obras Cronológicas" del marqués de Mondejar, hace a su vez reflexiones sobre el concepto de la Historia, atribuyéndola las virtudes que estampara ya Cicerón. Maestra de la vida y ciencia de la verdad; pero como hombre del siglo concede además la misión de fomentar la conducción racional de la sociedad, "el alma della es la Verdad, que deja de serlo cuando el arte de los historiadores, ateniéndose más a la perfección del decir que a las averiguaciones de las cosas, las viste con circunstancias que no hubo para hacerlas más admirables a los lectores que más suelen gustar de satisfacer su imaginación que a su entendimiento, como si la Historia se escribiera antes para diversión que para memoria de lo pasado, debiendo ser un espejo que fielmente represente así lo feo como lo hermoso; así lo malo como lo bueno; no teniendo los historiadores otra licencia sino la de pulir el estilo de manera que corresponda a las cosas que refieren".

No olvidemos que Mayáns fué el fundador de la Academia valenciana, dedicada, como decía en los Estatutos a "recoger e ilustrar las Memorias Antiguas y Modernas pertenecientes a las cosas de España, debajo de la invocación de la Divina Sabiduría". Con este criterio tan altisonante, Mayáns descende a los hechos históricos buscando sólo sus fuentes, únicos materiales a que se debe atender. Tarea que no realizaron ni un Mariana ni Pe-

zón de Estado es la falta de toda honestidad." *Idea del Hombre*, II, 21. Para completar el pensamiento de FORNER, léase *Discursos filosóficos sobre el hombre*, publicado en Madrid, en 1787, donde ataca violentamente a Rousseau (p. 110-113).

(55) *Clave historial*. Prólogo, II, III, V.

Illicer, Morales y Ocampo, que no consultaron las fuentes (56).

La Historia en su sentido clásico, tal como la enfocaron los griegos y romanos, fué seguida también por algunos de nuestros escritores. Por ejemplo, Ignacio López de Ayala, en su "Historia de Gibraltar", donde se atiende a la máxima de Polibio: "no omitir en la Historia ni aun lo que envuelve la naturaleza, bien que prefiriendo el uso de narraciones demostrativas" (57).

En la misma línea erudita y enciclopédica de Mayáns y Feijoo se encuentra el célebre benedictino gallego Martín Sarmiento, economista, bibliotecario, historiador, médico, botánico y muchas cosas más, pues de todo escribió en su célebre celda de Madrid que los detractores denominaban "túnel de Diógenes". Defensor de Feijoo, corresponsal de Linneo, Muratori y Flórez, ataca la tradición cuando ésta sirve sólo para explotar la ignorancia popular y anota la falta de un Cervantes por hacer la guerra a los cronicones como aquél hizo a los libros de Caballerías. Hasiado de cuanto ha leído, y leyó muchísimo, el padre Sarmiento considera que la Historia es algo más que un tejido continuado de guerras y una fastidiosa repetición de frases jamás pronunciadas por capitanes y príncipes, como si sólo las acciones de éstos seres fuesen el único objeto de la Historia. La Historia "debe instruir a los hombres, presentándoles los sucesos más memorables, no sólo belicosos, sino también físicos, cosmográficos, políticos, morales, teológicos y literarios" (58).

Masdeu.

Masdeu, que creó una obra excepcional, la "Historia Crítica de España", abrió aún más en nuestra perspectiva historiográfica las tendencias modernas. Para Masdeu, las materias que forman la Historia "son las menos consideradas por los historiadores, y son, sin embargo, las que traen mayor utilidad y dan a veces mayor deleite, la población, el gobierno, la religión, la milicia, la agricultura, las fábricas, el comercio, las bellas artes, los progresos y finalmente del espíritu, que deben interesar más que ninguna otra cosa, no solamente al filósofo y al político, sino a todo hombre racional".

Masdeu es quizá el historiador más imbuído de

(56) *Obras cronológicas del Marqués de Mondéjar*. Prefacio. Noticia y juicio de los más principales historiadores de España, p. 102. Véase también MOREL-FATIO: *Cartas eruditas del Marqués de Mondéjar y de Etienne Baluze, Bibliotecario de Colbert*. Homenaje a Menéndez Pelayo. I: p. 1, El Marqués de Mondéjar inicia la objetividad histórica, siendo su discípulo más directo Mayáns.

(57) Imprenta Sancha, 1782: citado también por FERRER DEL RÍO, IV, 408.

(58) *Memoria para la historia de la poesía y de los poetas españoles*, Madrid, 1775, muy elogiada por ALTAMIRA en *La enseñanza de la Historia*, p. 84, y el *Discurso sobre el método que debía guardarse en la primera educación de la juventud*, en el Sem. Er. de Vall., XIX, 167. La formación espiritual del batallador benedictino la recoge él mismo en una lista de obras que consideraba necesarias para la formación de un "Catálogo particular". Creo imprescindible los escritos de Condillac, "digan lo que digan ciertos pretendidos filósofos". Sem. Er. de Vall., V, pp. 97-170. A. LÓPEZ PELÁEZ considera a Sarmiento predecesor de Beccaria. Véanse los numerosos artículos dedicados al benedictino en la "Revista Contemporánea", durante los años 1898 y 1899. Continuó la escuela de Sarmiento FERMÍN GONZÁLEZ MORÓN en el *Curso de Historia de la Civilización de España*, Madrid, 1841-46, cuya doctrina recoge en el tomo IV, pp. 122-123. Véase ALTAMIRA: *De Historia y Arte*, p. 17.

los métodos de la Ilustración, aunque le supera en calidades europeas el padre Andrés. La fraseología de Masdeu, el título de su obra "Crítica" al lado de la "Historia", le presentan como la figura cumbre del XVIII, no por su aportación a la ciencia histórica, pues Flórez le superó, sino como sintetizador, como hombre poseído por ideas claras y por las intenciones que le movieron a escribir. Sus reflexiones históricas no abarcaban los grandes círculos culturales, sino que descendían a los signos epigráficos y documentales, en donde descubría la única mirada del pasado. "He creído que debo indagar las cosas más menudas." El examen minucioso de los testimonios históricos es imprescindible para averiguar el mundo. Despreciar cualquier resto en donde el hombre ha puesto su mano significa ceguera. Una vez expuestos los fundamentos materiales y los humanos, se puede pasar a las razones. "Sé que vivo en un siglo filosófico, en que, al contrario de los pasados, se ha sustituido la razón a la autoridad."

El escepticismo de Masdeu referente a las tradiciones y personajes históricos no riñó con su fe religiosa y la actitud cognoscitiva que guarda enfoca la Historia como un pasado de virtudes y vicios, situándose moralista como Flórez. "El cotejo de nuestra vida con la de nuestros abuelos y de los que obramos nosotros con lo que ellos obraron, aprovecha indeciblemente para reprimir en lo que hacemos nuestra soberbia y alentar nuestra poquedad en lo que no hacemos". Surge igual consideración cuando expone la cultura musulmana y cristiana de la España Medieval, y la afición de ambos pueblos por los estudios históricos. Esta afición sólo tiene un origen: el religioso-moral. La Historia es un Tribunal, y su devenir puede calificarse de prueba divina, "unos y otros conocían cuán grande bien acarrear las historias. No sólo en gloria de nuestros antepasados, pero aun en deleite y provecho nuestro, porque en ellas tenemos la satisfacción de ver los hechos y vidas de las personas que, aunque lejanas por el tiempo, nos son vecinas por patria o linaje u otro respeto; y aprendemos juntamente el modo de gobernarnos y gobernar a otros, y aprovechar en la política, en las costumbres y en las artes y ciencias" (59).

Jovellanos.

Fijémonos unos minutos en Jovellanos. El político asturiano, cuya mentalidad estaba estructurada por las ciencias jurídicas y su cristalización dogmática, participa también de la escuela genética; pero su concepto de la Historia es puramente pedagógico. La "Historia enseña a conocer los hombres" —dice, repitiendo a Cicerón—. Le interesa ante todo la educación popular, el estudio de las humanidades, de la economía, de la formación de

(59) *Historia Crítica de España y de la Cultura española*. Discurso histórico filosófico, I. Madrid, Sancha, 1783. V, p. 5; vol. III, prólogo; vol. XIII, España Árabe. Prefacio y p. 181. La declaración más amplia que hace Masdeu de su concepto de la Historia se inserta en el prefacio al tomo XIII de la edición castellana de 1794. Hay una profunda melancolía en la obra de Masdeu, cuando reconoce la impotencia en que se debate por insuficiencia de tiempo y medios. "Mi vida será corta; no cumpliré lo que he proyectado, no veré concluida mi historia en mis pocos días. Pero más vale escribir una parte de ella con el mayor cuidado y esmero que acabarla toda con superficialidad y descuido. Vendrán otros después de mí, más profundos y más ilustrados, que trabajarán con mejor fortuna y más gloria y conseguirán en sus tiempos lo que yo no pude en los míos." Desgraciadamente, sigue sin cumplirse el sueño de Masdeu.

los Estados, porque ante todo es un legislador. Para él no hay separación entre las diversas especialidades de la ciencia, sino autonomía confirmada por la conexión que tienen entre sí. La Historia es, ante todo, un relato del que se puede extraer grandes enseñanzas, pero hay que saber tratarla. Joveillanos coloca la especialidad que tratamos en función del Derecho, ya que sirve para penetrar el espíritu y conocer la esencia de las leyes. Es el "auxilio del Derecho".

Se sitúa del lado del nuevo cuño de hombres que piden una valoración nueva de la sociedad y su constitución civil o política. "Apenas si podemos precisar el pasado, cuyo inventario es una sucesión de guerras, batallas, conmociones, hambres, pestes, profecías, supersticiones", en fin —termina malhumorado Joveillanos—, cuanto hay de inútil, de absurdo y de nocivo en el país de la verdad y de la mentira." El cuadro de la Historia es mucho más importante que todo esto, y su marco lo forma la casa social. Es la Historia civil lo que hay que escribir. Joveillanos, creyente en el progreso graduado, une el pensamiento a la acción. El repaso de la Historia, su confección y el creer en un porvenir mejor son factores reunidos en la obra política del ministro asturiano, conservando dentro del respeto a la tradición una disección racionalista de las reliquias históricas, como Masdeu. "Recoger y apuntar esterilmente los hechos, ni es difícil ni provechoso. Reunirlos, combinarlos y deducir de ellos axiomas y máximas políticas es lo que más importa y lo que sólo puede hacer la Historia, ayudada de la Filosofía" (60).

Los emigrados.—Hervás y Andrés.

Hervás y Panduro desarrolló su pensamiento histórico en la "Idea del Hombre", donde trazó el proceso humano desde el nacimiento del ser individual hasta la transformación, por educación e instrucción, en un hombre del siglo. La primera dificultad con que se encuentra Hervás es la oposición entre los términos Historia y Naturaleza. La primera sólo debe hablar de cosas, de hechos; pero la fantasía ha destruido la pureza de tal método, obligándonos a practicar estudios físicos para conciliar con las fábulas extraordinarias. Una vez deslindados los campos, queda la ciencia de la Historia caracterizada por su amor a la verdad, como una Cristiana Filosofía.

Situada la idea central de su concepción histórica, la misión que aplica Hervás es de servicio a la vida práctica para formar científicamente a los políticos. "En lo civil, como en lo físico, el mundo presenta poco o nada de nuevo; por tanto, las cosas presentes son semejantes a las pasadas y en la Historia de los Antiguos se encuentra toda luz para el gobierno de los venideros." La inalterabilidad del hecho histórico es el molde conceptual del acontecer. Los hombres son iguales y, por tanto, las obras que dimanan de ellos tendrán el sello de la vida misma. La Historia se repite. Por eso es un espejo permanente en que todo lo pasado se presenta y aparece siempre como si fuese actual y es un órgano de voz siempre viva que nos refiere cuanto ha sucedido y cuanto nuestra curiosidad puede o debe saber en orden a religión, ciencias, gobierno, costumbres, estado y mudanzas del género humano. No hay una consideración individualizadora, sino total, como es norma del siglo, que vivía centrado filosóficamente en una

perspectiva de síntesis. Las materias que forman la Historia pueden clasificarse en Profana, Sagrada y Eclesiástica, cuyo diferente estudio consiste en la lección de hechos exactos y en el discernimiento crítico del espíritu con que se han escrito. A continuación enfoca Hervás sus conocimientos críticos para descubrir su propia metodología. La Heurística tiene que basarse en dos tipos de observaciones; sobre el espíritu en que se escribe y en cómo se debe leer. Labor previa, pues en cuanto más perfectas son las naciones, más ocultan la verdad en sus historias. Ejemplo de la desconfianza con que debe enfrentarse todo investigador es el mismo siglo XVIII, cuya naturaleza polémica, falsamente ilustrada, le convierte en época infecunda para el porvenir de la ciencia histórica. Los únicos historiadores dignos de crédito no son los hombres, sino los Ministerios públicos, que registran en sus archivos el sistema político y universal de Europa. Los que se llaman autores, no pasan de ser "viles copiantes". Como Feijoo, califica al historiador de propagandista, indigno de consideración por la adulación y servilismo con que se conduce. Debido a esto, brotan caos de Historias, y como es fácil este género de literatura, crece inmensamente el número de los falsos historiadores. El gran mérito de la Historia es la humildad, que brota de nuestro espíritu al comparar los procesos de las naciones. Muy egoísta será aquel que no aprenda tan bella virtud y solo hable de cosas relativas a su persona. Por eso, para quien desee crear una Historia, la mejor experiencia es escribirla repetidamente. "Historia que no se haya escrito varias veces no puede ser perfecta" (61).

El jesuita Andrés es, a nuestro juicio, la personalidad más eminente por su eclecticismo literario y el arte de sus razonamientos, empleados para enjuiciar la literatura histórica. Lo que más nos asombra en este discípulo de Loyola, desterrado en Italia, es su contemporaneidad, la sensibilidad de un hombre que viviendo en el siglo XVIII no pierde la tradición católica, y en una prosa elegante, domina el estancamiento a que había llegado el espíritu religioso español, incapaz en su sequedad de concebir nuevas emociones. El padre Andrés supera las limitaciones humanas y tiende una mirada de águila por el pasado, descubriendo el ímpetu subterráneo del devenir histórico. Educado escolásticamente, supera la estrechez de sus concepciones, comprendiendo toda la originalidad de la creación por heterodoxa que sea. Va a la Historia por el camino más directo, con la filosofía del Cristianismo, pura y totalmente concebida.

El siglo XVI originó el sistema político del XVIII, y el XVII proporcionó el acervo ideológico y literario que lo embellece. La época descrita modernamente por Paul Hazard como eje del nuevo mundo racionalista era intuída en el siglo XVIII por un emigrado español que, adelantándose al historiador francés, la califica de ser "la gran revolución acaecida en la manera de pensar y escribir", "la colmaremos de altos elogios —sigue diciendo—, confesaremos con Voltaire que en el siglo pasado adquirió toda la Europa más luces que había conseguido en las edades precedentes." El siglo XVII creó la literatura universal

(60) *Discurso sobre la necesidad*, B. A. E., XLVI, 289-290-298; 480-502.

(61) *Historia de la vida del hombre*, Madrid, Imp. Aznar, 1789, I, 110; II, 22, 182-239-303. Las objeciones de Hervás al siglo XVIII se basan en la oscuridad e ignorancia en que se vivía de todo lo publicado y la falsa orientación dada por la Filosofía. Por eso propone al Hombre estudie la "admirable variedad de estados y figuras que él mismo va haciendo en la sociedad civil" (t. I, p. 1).

lista, fué "la época del buen gusto moderno". Con razón el siglo XVIII es llamado "siglo iluminado". La barbarie de la escolástica ha sido desterrada y la cultura es ya de signo universal. Es un gran siglo filosófico en el cual los hombres han descubierto "cómo ir directamente en busca de la verdad", "aun cuando no es posible encontrarla".

Una nube oscurece la magnificencia de la época y Andrés la atribuye al exceso de polémica y publicaciones que esconde el auténtico carácter del siglo. Dos razones le inducen a conjeturar que prevalecerá, el mal gusto, dado el abandono de los estudios de la antigüedad, y el sobrado aprecio del espíritu. Una vez enfocada la época moderna, pasa el padre Andrés en el análisis de géneros literarios a la rama de la Historia, dedicándola el libro tercero de su vasta Historia Literaria, con el título de "Origen, progresos y estado actual de la Historia".

El origen de toda ciencia fué la Filosofía, según expresa en los capítulos introductorios, continuando la tesis de los enciclopedistas, sobre todo de D'Alembert, a quien cita a menudo. Una vez superada la fantasía primitiva por la especialización de los conocimientos, nace la Historia como "el deseo natural a todos los hombres de saber los hechos de nuestros mayores y la dificultad de conservarlos fielmente en la memoria".

El primer historiador verdadero que dejó un monumento estable fué Tucídides, prosiguiendo su camino los romanos, hasta que las invasiones bárbaras destrozaron el puro cultivo de la Historia, que restableció de nuevo Petrarca. El Renacimiento aportó la moderna concepción de la Historia, en la que destacan los españoles con caracteres propios, que merecen los elogios de la posteridad, como Dávila a quien Bolingbroke calificó de nuevo Tito Livio. El padre Andrés nos ofrece a continuación copiosas listas de historiadores de todos los países, lamentando la escasez de obras españolas. Su sentido de la verdad le hace huir de las reflexiones filosóficas para evitar los errores que falsas perspectivas pueden originar. Para Andrés, la Historia debe tener más peso por las demostraciones de los hechos que por los raciocinios. Fuera de su erudición y objetividad al analizar las obras principales, no encontramos en él ninguna consideración de más valor sobre el sentido de la Historia que la apuntada anteriormente. Lo narrativo está por encima de lo filosófico, y fiel a este principio, oculta su concepción de la Historia (62).

Las cualidades del historiador, requeridas por nuestros preceptistas del siglo XVIII, no las vemos reunidas en síntesis por nadie; de ahí la pobreza de concepciones que se paran siempre en consideraciones aisladas. Hay más arqueólogos y eruditos de la Historia que teorizadores de la misma. Lo prueba el hecho de apoyarse en los documentos para las campañas político-económicas, como hicieron Campomanes y Jovellanos; pero no para crear un auténtico cuerpo de Historia. Ven el esqueleto de la Historia, no su alma. Falta también la intuición capaz de penetrar en los más hondos problemas.

Los literatos: Cadalso.

Falta la profecía y el material necesario para construir una unidad ideal. El plano que se construye es el de la reconstrucción moral de España, y para esta tarea, la Historia, con lo que posee de

experiencia, era necesaria; pero no hay más saber histórico. Ejemplo de lo que decimos son Campomanes y el fino crítico de nuestra Sociedad dieciochesca, Cadalso, "hombre de ideas muy del siglo de Voltaire, a quien conoció, y de Feijoo, al que alaba encubiertamente", según nos dice su mejor conocedor, Tamayo y Rubio.

El poeta y militar se unen al pensador cuando enjuicia la época que le ha tocado vivir. El siglo XVIII es, por encima de todo, un siglo vanidoso, calificación que también leemos en Forner. Ha sido lamentable la mezcla de naciones en Europa, pues se han admitido generalmente los vicios de cada una y desterrado las virtudes respectivas. Sólo podemos hablar de perfeccionamiento en la moralidad. "La excelencia de un siglo sobre otro creo debe regularse por las ventajas morales o civiles que produce a los hombres." Revisando el pasado español, Cadalso no aparta a los cronistas americanos del mundo peninsular. Entusiasta de la "Conquista de Méjico" de Solís, su corazón de militar debía entusiasmarse con las hazañas guerreras de los conquistadores. Sin saber las historias particulares, no podemos conocer la Historia General; son "clave precisa para la inteligencia de varias alteraciones sucedidas en el Estado político y moral de esta nación." Función integradora que incluye a las posesiones de ultramar como piezas elementales del ser español. No es que le merezca mucha fe la Historia a Cadalso, pues el pesimismo de su alma no ve esperanzas de redimir a los hombres. "La miseria humana —nos dice— se proporcióna a la edad de los hombres; va mudando de especie conforme el cuerpo va pasando por edades; pero el hombre es mísero desde la cuna al sepulcro" (64).

Los vicios humanos quedan estampados de modo indeleble en la Historiografía. Uno de los defectos más importantes es el partidismo. Apenas hay naciones en Europa que no hayan producido un escritor o compilador de la Historia Universal; pero ¿es realmente universal? Las preocupaciones que guían a las plumas y los respetos que atan las manos son obstáculos para una recta comprensión. "No creo —escribe Gacel a Ben-Beley— en las "Cartas Marruecas", que se pueda ver jamás una Historia universal completa, mientras se siga el método de escribirla uno solo o muchos de un mismo país". Tiene Cadalso el mismo afán integrador para una Historia universal que para la Historia de España, cuando incluye en ella el género americano. El carácter moralista vuelve a aparecer en la Carta LIX, cuando se ríe de los entusiastas de la Historia que la atribuyen carácter específico. "Dicen que la Historia es el libro de los reyes; si esto es así y la Historia se prosigue escribiendo como hasta ahora, creo firmemente que los reyes están destinados a leer muchas mentiras, a más de las que oyen." La crítica de los libros de Historia, que parecen más bien hechos de fábulas, surge un día en la tertulia de don Nuño, en la que parece oírse acentos de la real tertulia de San Sebastián, donde se reunían los amigos de Aranda. Allí se propone agudamente escribir tres clases de libros históricos. Uno para el pueblo, llenándolo de men-

(63) *Cartas Marruecas*. Clásicos Castellanos, vol. CXII. Calpe, Madrid, 1935. Prólogo, p. 18.

(64) Obra citada, cartas IV, 69; V, 75; LIII, 193. La evolución de los pueblos es asunto muy claro para Cadalso, ya que estriba ni más ni menos que en la contextura moral que los forma ante el mundo. Las diferentes fases de una Historia nacional no son más que "trámites por donde pasan las naciones desde su formación hasta su ruina total. La culpa de ésta es el lujo". V: Carta LXXXVIII, 284.

tiras; otra historia más auténtica, pero no tan sincera que descubriese del todo los resortes que mueven las grandes máquinas, para la gente mediana, y el tercero, con reflexiones políticas y morales en impresiones poco numerosas, meramente reservadas "ad usum Principis". Como Cadalso vive en el siglo XVIII, da tres modelos de cada género, Garibay, Mariana y Solís.

El escepticismo de Cadalso arranca de la dificultad en precisar los hechos. El hecho como material de la Historia no se puede escribir sino en el tiempo en que sucede o después de sucedido. El registro de lo ocurrido lo tenemos en el documento, pero ¿qué documento ha de ser seleccionado? Tiene que ser aquello que relaten los testigos del hecho (65).

Conclusión.

Recapitulando cuanto hemos presentado desde el estudio general del siglo hasta la concreción individualizada, debemos de registrar una página de elogios a la época estudiada, porque en ella aparece el trabajo como mérito, operándose en colaboración las más de las veces, caso único en nuestra historia científica, y por la atenuación del indivi-

(65) Obra citada. Cartas: LVII, 199; LIX, 204. Apenas terminé este ensayo sobre la Historiografía Española del XVIII, ha llegado a mis manos la última obra del veterano historiador RAFAEL ALTAMIRA, muerto recientemente en América; su título, *Proceso histórico de la Historiografía humana*, recoge los últimos trabajos del maestro sobre la ciencia histórica, y aun repitiendo conceptos y observaciones en obras anteriores, como *La enseñanza de la Historia*, quiero hacer resaltar un apartado titulado "Los historiadores y metodólogos del XVIII", donde dedica varias páginas a España (83 a 91) de la edición. El Colegio de Méjico, 1948.

dualismo, transformado sólo en espíritu de iniciativa, pero no como infidelidad a la causa común. El mejor título que podemos dar a los preceptistas cuyo pensamiento hemos recorrido es su medianía y su virtud intachable que se confundía con la vida pública. Poseyeron como pocos el instinto de las situaciones históricas. Falta la calidad literaria, pero no el testimonio auténtico y objetivo, y cuando vemos a algún tratadista girando alrededor de falsas ideas, debemos reconocer su ignorancia o equivocación como un disentimiento, pero no como traición a la verdad. Es preciso que la revisión histórica de nuestro pasado no confunda la causa del mal con sus síntomas. La Historiografía del siglo XVIII cometió el pecado de creerse original y salvadora, colocando el hecho humano al servicio de la acción práctica y política. Los ingleses como Hume, Gibbon y Robertson crearon la historia psicológica, sumando las experiencias del pasado a una resultante, el "government of civil to a government of law". La escuela de Voltaire y de Rousseau desarrolló la conexión de las diferentes actividades del espíritu. Los españoles recogieron todas las sugerencias nuevas, pero no se emanciparon de los criterios tradicionales, sintiendo levemente la flexión del viraje filosófico que el siglo entrañaba. Crearon por primera vez en nuestra ciencia la Historia pragmática, no sólo como instrucción, sino como muestra del espíritu humano en continuo progreso. Al elevarse de su plano perspectivista al universal, transformaron, como de sus colegas europeos dice Dilthey "la conciencia de la solidaridad y el progreso de nuestra especie, y de la cultura como meta suya, en una fuerza que actúa por doquier y que penetra en todo el mundo culto".